

# Cuatro notas irreverentes sobre Manuel Sacristán, un filósofo revolucionario

**MANUEL CAÑADA**

Educador social y militante en movimientos sociales, excoordinador general de IU de Extremadura entre 1995 y 2003 y diputado en la Asamblea de Extremadura entre 1992 y 2003

RESUMEN: Este ensayo analiza críticamente la apropiación institucional de la figura de Manuel Sacristán, reivindicando su legado como filósofo revolucionario incómodo para academias y aparatos políticos. Partiendo de la advertencia de Rafael Chirbes sobre la «mercantilización de la memoria», el autor denuncia cómo sectores posibilistas instrumentalizan a Sacristán para sublimar su «desgaste ético», pese a contradecir en la práctica su binomio indisoluble entre política y moral: «Política sin ética es politiquería. Ética sin política es narcisismo». Frente al «realismo» que normaliza la «mierda» (carta a Félix Novales, 1985), se rescata su praxis militante: dimitió del PSUC en 1969 por rechazar la «dirección mecánica y burocrática» que reducía el partido a «palancas manipuladoras», según su carta a Josep Serradell. El texto subraya su heterodoxia ecologista pionera —sintetizada en las portadas roja, verde y violeta de *mientras tanto*—, que anticipó la crisis civilizatoria actual y cuestionó el productivismo marxista: el comunismo debe ser vivir otra cosa, no hacer lo mismo que el capitalismo pero mejor. Se concluye que Sacristán sigue siendo un puente para revoluciones futuras, pues su llamado a aliar movimiento obrero y ecologismo —aún pendiente— ofrece claves contra el colapso anunciado.



117

## 1. Manuel Sacristán es un clásico, no una mercancía cultural ni un instrumento de sublimación o legitimación política

«Se cumplen cien años del nacimiento de Max Aub. Es hora de comérselo. En estos tiempos en los que poco importa lo que diga un libro, y lo que vale es lo que los medios de comunicación digan de él, vamos a ver quién se lleva las mejores piezas del cadáver de Aub». En el año 2003 el novelista Rafael Chirbes —un espíritu valiente, un garbanzo negro en el endogámico mundillo cultural— describía así la pugna partidaria por apropiarse de la herencia del escritor de *Campo de los almendros*. Aznar intentaba atar el cadáver de Aub al «carro triunfal de su cortejo» y los portavoces de la socialdemocracia denunciaban la inmoralidad de la usurpación, a pesar de haber despreciado durante todo su mandato —catorce años consecutivos— la obra del escritor. «Solo en el mercado de la memoria podía volver a comprarse la legitimidad malgastada», subrayaba Chirbes.<sup>1</sup> También Sacristán es un manjar apetecible y provechoso. Incluso quienes con su práctica política contradicen día a día su legado se aprestan a devorarlo con deleite, como si la simple invocación del filósofo constituyera un bálsamo reparador de las miserias del posibilismo y del pragmatismo más ramplón.

La figura de Sacristán se agiganta con el paso del tiempo. El más importante pensador marxista de nuestro país, el «Gramsci español» como lo calificara Nicolás González Varela, es ya un clásico. Sacristán es un manantial constante, un autor irrenunciable «que nunca termina de decir lo que tiene que decir», una propiedad que Italo Calvino señalaba como característica de los clásicos.<sup>2</sup> Pero el reconocimiento de su talla intelectual, de sus aportaciones en el campo de la lógica, la filosofía de la ciencia, la traducción o la singularidad de su marxismo heterodoxo y ecologista, despierta también la avidez de academias y aparatos, duchos en el descuaje y engullido de todo tipo de rebeldes e insumisos.

«Tratar a Marx solo como un clásico contribuye a congelar su aportación y su legado, al separarlo de su motivación y objetivo último: la transformación revolucionaria de la sociedad».<sup>3</sup> Eddy Sánchez reflexionaba de este modo, en el 30 aniversario del fallecimiento de Sacristán, al hilo de la lectura que este hacía de Marx. Desgajar del pensamiento de Marx su voluntad revolucionaria es desactivarlo, amortajarlo, convertirlo en una mercancía cultural más. «La verdad es que no hay que negar que hay un Marx de todos, o de casi todos: de los

<sup>1</sup> Rafael Chirbes (2003): «¿Quién se come a Max Aub? (Celebrando un aniversario)», *Por cuenta propia*, Anagrama.

<sup>2</sup> Italo Calvino (1995): *Por qué leer los clásicos*, Tusquets.

<sup>3</sup> Eddy Sánchez (2015): «Marx y marxismo en Manuel Sacristán», *Mundo Obrero*.



liberales y de los demócratas, de los socialdemócratas, de los estalinistas, de los trotskistas y de los eurocomunistas... Y, desde luego, el Marx de los académicos, el Marx tema-de-oposiciones». <sup>4</sup> Con ironía nuestro filósofo se mofaba de los intentos de disección e incautación del Marx revolucionario desde los despachos burocráticos o universitarios.

El historiador Juan Andrade en su magnífico libro sobre el PCE y el PSOE en la Transición apuntaba a los «usos opacos de la ideología» por parte de los aparatos dirigentes. «Las ideologías desempeñan diversos cometidos en los partidos, que van de la prefiguración de su acción política a la constitución de una identidad que en muchos casos resulta inocua para su praxis. Junto a esto con frecuencia las ideologías son instrumentalizadas para sublimar pasiones, intereses y luchas de poder». <sup>5</sup> De hecho, como indica Andrade, el ejercicio de la función sublimadora fue una de las características del eurocomunismo.

Una tradición, en palabras de Sacristán, es «la consciencia de la posibilidad de aprovechar bienes preexistentes». El autor de *Panfletos y materiales* constituye al día de hoy uno de los más relevantes bienes preexistentes en la tradición marxista en España. Pero de una tradición incómoda, disidente, herética. La tradición, como señalara en su día José Carlos Mariátegui, «es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerza». <sup>6</sup> Hay que cepillar el legado de nuestro filósofo a contrapelo de academias y aparatos. Y para ello quizás lo más certero sea acogerse a otro de los aforismos de Italo Calvino cuando analizaba las peculiaridades de los clásicos: «Tienden a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no pueden prescindir de ese ruido de fondo». Para honrar de verdad a Sacristán necesitamos mirar más allá de la hojarasca y las espumas de la actualidad, sí, pero no podremos hacerlo si silenciamos el ruido de las bombas en Palestina, el belicismo de los gobiernos de la Unión Europea —y entre ellos el de España—, las danas y astillas múltiples del cambio climático, la emergencia del neofascismo, la profunda alienación consumista y clasemedianista, la desmovilización de la izquierda social o la enorme inconsecuencia y el desprestigio actual de la izquierda política.

---

<sup>4</sup> Manuel Sacristán (2003): *M.A.R.X. Máximas, aforismos y reflexiones* (ed. de Salvador López Arnal), El Viejo Topo.

<sup>5</sup> Juan Andrade (2012): *El PCE y el PSOE en (la) transición: la evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Akal.

<sup>6</sup> José Carlos Mariátegui (1989): *Invitación a la vida heroica*, Instituto de Apoyo Agrario.



## 2. Ética y política de la mano, frente a la politiquería y el politicismo

Una de las ideas que destacan en la obra de Sacristán es la estrecha trabazón entre ética y política. «Política sin ética es politiquería. Ética sin política es narcisismo». Es una de las sentencias más conocidas del filósofo y expresa el deseable equilibrio entre las dos nociones de la dupla, entre el deber ser y el hacer que las caracteriza. Su discípulo y amigo Paco Fernández Buey sintetizó ese mismo deseo en una máxima: «La política es la ética de la vida colectiva»; y en un concepto: la poliética.<sup>7</sup>

La disociación entre ética y política es uno de los distintivos de nuestro tiempo. Y la normalización del término *posverdad* es quizás el síntoma que mejor lo refleja. La demagogia y el engaño sistemáticos, la sustitución de la militancia por el hooliganismo, la twitterización y espectacularización de la política, todo ello contribuye a eso que se ha dado en llamar *desafección ciudadana* respecto de la democracia, el caldo de cultivo ideal para la extrema derecha. La izquierda no ha sido ni es ajena, en absoluto, a esa degradación ética. El desdén de la pedagogía, la sustitución de las organizaciones y de la deliberación colectiva por hiperliderazgos virtuales, el desprecio de facto a los movimientos populares —más allá de las loas retóricas o de su instrumentalización táctica—, el gubernismo como principio rector indiscutible o la adopción de medidas radicalmente incompatibles con un ideario de paz, solidaridad o justicia social han redundado en la frustración que hoy sienten amplias capas de la población, y de forma muy significativa una parte de quienes, entre los años 2011 y 2015, pusieron en pie el ciclo de luchas sociales más importante desde la Transición.

Los recelos de Sacristán frente a las apelaciones al «realismo político», tan habituales en la izquierda desde mediados los años setenta y durante las décadas siguientes, resuenan hoy con especial vigencia. El 24 de agosto de 1985, tres días antes de su muerte, envía una carta estremecedora a Félix Novales, preso en Soria: «Una cosa es la realidad y otra la mierda, que es solo una parte de la realidad, compuesta, precisamente, por los que aceptan la realidad moralmente, no solo intelectualmente».<sup>8</sup>

Una cosa es la realidad y otra la mierda. Una cosa es la táctica y otra el tacticismo mendicante y sin principios. Una cosa es no tener fuerza suficiente para imponer un programa de transformación social y otra cosa es elevar a horizonte estratégico el «virgencita, que me quede como estoy». «La revolución la hacen los seres humanos que hay, como son. El que quiera armonía celestial, que se vaya al cielo», podría contraargumentarse utilizando otra

<sup>7</sup> Francisco Fernández Buey (2003): *Poliética*, Losada.

<sup>8</sup> Félix Novales (1989): *El tazón de hierro: memoria personal de un militante de los GRAPO*, Crítica.



cita del propio Sacristán. Pero la denuncia del «realismo» no se hace aquí desde la ética de la perfección o desde la abstracción levitante. La permanencia de la ley mordaza como garante de la desmovilización, el incumplimiento manifiesto del derecho a la vivienda para millones de personas, el compadreo con la corrupción y el clientelismo, el incremento brutal del gasto militar, la complicidad por acción u omisión en la guerra de Ucrania y en el genocidio del pueblo palestino son solo algunas muestras de adónde conduce la genuflexión ante la realpolitik.

Soplan cada vez más fuertes los vientos de la guerra y resultaría muy provechoso volver a leer las reflexiones que Sacristán realizara a principios de los años ochenta. La necesidad de poner en pie una amplísima alianza social, «aunque los marxistas tengamos una determinada explicación del peligro de guerra, y los católicos tengan otra o los que tengan otras ideas tengan otra explicación»; el imperativo de «tener el coraje de aguantar las risas o las ironías de esos realistas que nos llevan a la catástrofe»; y, sobre todo, el deber de combatir la gangrena de la indiferencia y la desintegración moral que supone aceptar como inevitable la guerra y el belicismo. «Hacia dentro es la OTAN para España tan temible como hacia fuera, y más corruptora», escribirá en 1984, en un deslumbrante artículo que denuncia la traición en curso del Gobierno de Felipe González. Ayer, como hoy, las consecuencias del engaño y de la corrupción de las conciencias son devastadoras, la madriguera predilecta del cinismo y el vivero más confortable para los arribistas de todo pelaje.<sup>9</sup>



### **3. Sacristán es un filósofo revolucionario, un militante comunista, no un pingo almidonado ni un zascandil de la historia**

Quienes más han investigado la obra de nuestro filósofo (y entre ellos, de forma destacada, Salvador López Arnal, José Sarrión o Miguel Manzanera) nos recuerdan que este libró durante toda su vida un combate contra el corporativismo académico, contra «los letratenientes» y «la mugre escolástica». Sacristán iba en serio, no era un intelectual al uso ni un funcionario de la coyuntura. Frente a la aclamación general o el envanecimiento y el espíritu cortesano, tan habituales en el gremio, se mantuvo siempre en guardia, llegando a caracterizar a los intelectuales como «un grupo parasitario de la clase explotadora, cuya lucha crítica es simplemente el permanente intento de reservarse un trozo de plusvalía para ellos».

<sup>9</sup> Manuel Sacristán (1987): «A propósito del peligro de guerra» y «La OTAN hacia dentro», *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Icaria.

Sacristán fue un filósofo de la praxis, un intelectual orgánico de las clases populares y de los movimientos sociales emancipatorios. Un pensador inserto en los debates y las luchas sociales de su tiempo histórico, ya fuera en la organización y dirección del PSUC y del PCE, en las luchas del profesorado no numerario en los años sesenta o en el impulso del movimiento estudiantil de Barcelona; o, más tarde, impartiendo clases de alfabetización en Can Serra, militando activamente en el Comité Antinuclear de Cataluña o participando en la creación de revistas como *Materiales* y *mientras tanto*.

Su excepcionalidad reside en la virtuosa combinación de lucidez y pasión moral, como le gusta decir a Manolo Monereo. En sus certeros análisis sobre las consecuencias para el marxismo del doble aldabonazo del 68, en París y Praga, en su capacidad para desvelar la crisis civilizatoria o en la temprana y profética conciencia ecologista. Pero también en la originalidad de su pensamiento y praxis en tanto que militante del PSUC y del PCE durante más de veinte años. Su noción abierta del marxismo, su comunismo sin mística ni presuntuosidad científica, su hincapié en la necesidad de crear una nueva cultura o su forma de entender la hegemonía, el trabajo y la lucha con otros, que acabará llevándole primero a la dimisión de los órganos de dirección y después, a finales de los años setenta, al abandono de la militancia partidaria.

En 1969, cuando dimite del comité ejecutivo del PSUC, en la carta dirigida al secretario de organización, Josep Serradell, Sacristán subraya que la decisión no está motivada por las limitaciones personales de los miembros del núcleo dirigente. «Se trata de los hábitos adquiridos en el modo de dirigir. La dirección por ese núcleo es un dominio mecánico, superficial y retórico sobre hombres, nunca producción colectiva de pensamiento político concreto, para el detalle de la lucha. Esa falsedad reduce la vida del Partido al manejo de unas pocas palancas burocráticas». Sacristán daba por perdida su primera batalla de importancia, escribe Juan Ramón Capella. El activismo sin dirección lo dominaba todo. El estrecho politicismo y la incapacidad para desplegar hegemonía en el plano cultural y en las alianzas serían concluyentes en su decisión de orientar su práctica militante *hacia afuera* de la forma-partido.<sup>10</sup>

Politicismo, burocracia y ostracismo riman mal —o deberían rimar mal— con comunismo. A pesar de todo, como recuerda Quim Sempere, Sacristán «no hará nunca de su ruptura, cada vez más profunda, con el comunismo oficial ningún motivo de vedetismo». Su objetivo durante los años setenta será «mantener focos de radicalismo, dentro y fuera del comunismo mayoritario, que contrarresten la deriva hacia posturas reformistas». Vano intento. La política del PSUC y del PCE durante la Transición profundizarán aún más en esa vía. El eurocomunismo vendrá a certificar «la socialdemocratización definitiva»;

<sup>10</sup> Juan Ramón Capella (2005): *La práctica de Manuel Sacristán: una biografía política*, Editorial Trotta.

es la expresión de «la locura satisfecha de los partidos comunistas occidentales», escribirá nuestro filósofo. «El eurocomunismo como estrategia socialista es la insulsa utopía de una clase dominante dispuesta a abdicar graciosamente y una clase ascendente capaz de cambiar las relaciones de producción (empezando por las de propiedad) sin ejercer coacción. Para creerse semejante utopía (si es que alguien se la cree) es necesario haber perdido la idea de lo que pueda ser un cambio, conscientemente querido, de modo de producción y de lo que es una clase amenazada de expropiación por la clase a la que ella domina y explota actualmente».<sup>11</sup>

La milonga del eurocomunismo, con diversos ropajes, llega hasta nuestros días, extiende aún su larga sombra y se adensa a poco que los titubeos o las componendas electorales lo propicien. «Desde mi punto de vista, firmar el Pacto de la Moncloa o, en general, fabular vías al socialismo es meterse a zascandil de la historia, intentar ser universal y perder en el intento hasta la misma identidad de uno: es, en suma, querer ser demiurgo y quedarse en mequetrefe», escribirá nuestro hombre en 1977. El zascandileo todavía continúa. La socialdemocracia matriz y las consultoras tienen plena conciencia de ello.



#### 4. Sacristán, un puente para las revoluciones por venir

Manuel Sacristán es uno de los intelectuales pioneros del ecologismo en España. Como resalta Miguel Manzanera, «supo ver ya en los años setenta los peligros del desastre ecológico al que se ve abocada la humanidad por el modo de producción capitalista, la explotación de la biosfera, la contaminación y la desaparición de las especies».<sup>12</sup> Nuestro filósofo es un gran conocedor de Marx y desde hace tiempo viene señalando los atisbos ecológicos, los esbozos del nuevo pensamiento emergente en su obra. En 1977 destaca que uno de los campos que es necesario explorar desde una perspectiva comunista es «la acentuación de la destructividad de las fuerzas productivas en el capitalismo, señalada enérgicamente por Marx pero escasamente atendida en la tradición del movimiento».<sup>13</sup>

Sacristán llevará adelante una auténtica revisión heterodoxa del marxismo, vinculada a la irrupción de los nuevos movimientos sociales: el ecologismo, el feminismo y el pacifismo. Es necesario poner patas arriba la noción simplificadora de la idea de progreso. Para él la cuestión política decisiva es «si la naturaleza del socialismo es hacer lo mismo que el capitalismo, aunque

<sup>11</sup> Manuel Sacristán (1985): «A propósito del eurocomunismo», *Panfletos y materiales III*, Icaria.

<sup>12</sup> Miguel Manzanera (2021): prólogo a *Manuel Sacristán, Ecología y ciencia social*, Irrecuperables.

<sup>13</sup> Manuel Sacristán (1985): «A propósito del eurocomunismo», *Panfletos y materiales III*, Icaria.

mejor, o consiste en vivir otra cosa».<sup>14</sup> Ese el auténtico nudo gordiano de los debates entre marxistas. El comunismo es necesariamente otra forma de vida, otro modelo de sociedad atravesado por valores radicalmente distintos al capitalismo: la igualdad y la justicia social, la sobriedad, la superación de la alienación, la democracia de base o la armonía con la naturaleza.

Pero ese nuevo vivir solo puede venir de la mano de un nuevo movimiento revolucionario. «No es posible conseguir mediante reformas que se convierta en amigo de la Tierra un sistema cuya dinámica esencial es la depredación creciente e irreversible. Por eso, lo razonablemente reformista es, también en esto, irracional».<sup>15</sup> Hay que construir el sujeto de esa revolución ecológico-social. A ello dedicará Sacristán los últimos diez años de su vida. Hay que tejer, hay que unir ciencia y pueblo, «hacer un puente entre los movimientos alternativos y el grueso del movimiento obrero».<sup>16</sup> Esa será la idea central que anime la revista *mientras tanto*: construir una síntesis de marxismo, ecologismo y feminismo, la puesta en pie de una nueva bandera roja, verde y violeta. «Quienes de verdad tienen la palabra son los movimientos potencialmente transformadores, desde las franjas revolucionarias del movimiento obrero tradicional hasta las nuevas comunidades amigas de la Tierra. Solo cuando unas y otras coincidan en una nueva alianza se abrirá una perspectiva esperanzadora».<sup>17</sup> Así termina la carta de la redacción del primer número de *mientras tanto*, que verá la luz en noviembre de 1979.

Han pasado más de cuarenta años desde esos primeros vislumbres. Al principio, Sacristán y los suyos eran objetos de chanza entre los antiguos compañeros. Lo que ayer sonaba como una intuición estrafalaria hoy es sentido común. El cambio climático es una evidencia mortífera, el movimiento ecologista debate sobre el colapso, decenas de activistas de Extinction Rebellion son procesados por acciones de desobediencia civil pacíficas y Marina Garcés teoriza sobre la condición póstuma, «el tiempo del todo se acaba».

Pero a pesar de la conciencia creciente y de la urgencia, la gran alianza que ha de protagonizar la revolución ecológico-social está aún en mantillas. Sacristán daba cuenta en su tiempo de las dificultades: «El movimiento rojo no percibe el mensaje fundamental»; «el movimiento verde está sin entender hasta qué punto es importante el problema de la propiedad y del Estado». En

---

<sup>14</sup> Manuel Sacristán (2009): «¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?», *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Público.

<sup>15</sup> Manuel Sacristán (1987): «Comunicación a las Jornadas de Ecología y Política» (mayo de 1979), *Panfletos y materiales III*, Icaria.

<sup>16</sup> Manuel Sacristán (2009): «La situación política y ecológica en España», *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, Público.

<sup>17</sup> Redacción de la revista *mientras tanto* (1979): Editorial en el número 1, en Manuel Sacristán, *Panfletos y materiales III*, Icaria.



nuestros días la incomunicación, la falta de puentes continúa en gran medida. Una parte sustancial del sindicalismo, por ejemplo, defiende las centrales nucleares o cualquier engendro en nombre del empleo. Y otra no menos sustancial parte del movimiento ecologista es incapaz de entender que, por ejemplo, el extractivismo no es solo un atentado al paisaje, sino una invitación a la emigración de la población rural y una sangría que convierte regiones enteras en tierra de sacrificio.

Seguir construyendo puentes, esa es la tarea. Construir el sujeto político de la revolución ecocomunista. Contribuir a ello es el mejor homenaje que podemos hacer a Manuel Sacristán. ★

